

El Drama de Las Estadísticas Económicas

por

Jorge A. Sanguinety

No, no estoy a punto de escribir una novela con semejante título. Tampoco se han escrito novelones radiales o para la televisión donde un economista sea el actor principal. El público prefiere a los médicos (especialmente si son cirujanos) o a los abogados (especialmente los que aparecen en litigios). El drama que entretiene es el que se entiende fácilmente, sin mucho trabajo. Pero hay dramas que por no ser entretenidos pasan inadvertidos, aun cuando tengan una gran importancia en nuestras vidas.

Este es el caso de la revisión del costo de la vida que se aplica a la economía de Estados Unidos. Todo ciudadano que quiera entender lo que se estará discutiendo en los próximos días en este país debiera tener una comprensión mínima de lo que todo esto significa. Dicho índice no sería necesario si los precios de todos los bienes y servicios que compramos o vendemos fueran constantes, o sea, que no cambian nunca. Esto significa que una cantidad dada de ingreso, digamos \$1,000, valdría lo mismo hoy que hace un año o el año próximo. Y si el ingreso de una persona o familia va aumentando, digamos en un 10 por ciento cada año, entonces podemos decir que ese ingreso puede comprar un 10 por ciento más de bienes y servicios.

Pero, ¿qué pasa si nuestro ingreso aumenta un 10 por ciento de un año para otro y los precios de todos y cada uno de los bienes también aumentan en un 10 por ciento durante el mismo período? En esa situación, nos hemos quedado igual. Aunque nuestro ingreso *nominal* haya aumentado un 10 por ciento, nuestro ingreso *real* no ha cambiado. Aquí se puede decir con toda facilidad que el índice de precios al consumidor o el del costo de la vida para ese año ha aumentado en un 10 por ciento.

Calcular el promedio

El problema se complica cuando los precios no suben en la misma proporción. Entonces hay que calcular una especie de promedio entre los diversos aumentos de precios, que se hace por medio de diversas fórmulas. Para calcular ese promedio hay que seleccionar una muestra de productos de entre los miles y miles que se encuentran en el mercado. Aquí surgen varias complicaciones.

La primera, un mismo producto puede venderse a diversos precios en distintos establecimientos. En la actualidad, el Departamento del Trabajo de Estados Unidos, que es el que calcula el índice mensual, recoge precios de 71,000 artículos en 22,000 establecimientos expendedores. La segunda complicación es que no todas las personas consumen la misma “canasta” de bienes. O sea, si yo no consume café y el precio del café es el único que aumenta, el costo de la vida no ha aumentado para mí aunque sí para otros individuos. Una tercera complicación es que hay productos similares de marcas diversas. Una cuarta es que los productos cambian cualitativamente de año en año.

¿Para qué sirve?

Para qué sirve el índice del costo de la vida? Para muchas cosas. Una, de especial interés para los que viven de ingresos fijos como los pensionados del Seguro Social, es para ajustar los ingresos periódicamente y que su poder de compra no caiga a medida que suben los precios. Otra aplicación es para saber si la economía está creciendo o no y a qué velocidad, ya que las subidas de precios pueden hacer creer que hay más actividad económica cuando puede estar sucediendo todo lo contrario.

Y, ¿por qué ahora hay que revisar el modo de calcular el índice? Porque se ha descubierto que el método anterior exageraba el cálculo del aumento del costo de la vida, como resultado de una muy bien escondida propiedad metodológica que hay que corregir. Esto significa que por mucho tiempo se sobrestimó la tasa de inflación, o sea, la proporción en que aumentaban los precios.

Las implicaciones de esta corrección matemática son enormes. Ahora resulta que las predicciones sobre la futura quiebra del Seguro Social en Estados Unidos no son ciertas, ni las del estancamiento de los niveles de productividad del trabajo, ni las de los niveles salariales reales. Los cálculos de los niveles de actividad económica total, niveles de consumo, ahorro, inversión, comercio e inflación de los últimos 25 años deberán revisarse. Así la inmensa deuda pública del país y los déficits presupuestarios no aparecerán tan inmanejables. Y un cuadro nuevo aparecerá sobre qué fue lo que realmente sucedió en la economía más poderosa de la historia.

Entonces vendrá la magia de la economía y de las estadísticas siempre listas a confabularse para traicionar la intuición del observador incauto (y del economista desprevenido): los ajustes de las pensiones del Seguro Social serán menores en el futuro, pero los pensionados y todos los demás estaremos mejor por vivir en una economía que prospera indefinidamente. Si esto no es drama, que venga Dios y me lo diga.

Diciembre del 1996